

LA FIRMA

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto instintivo del que inmediatamente se arrepintió. Pero aún no era tarde para reconsiderarlo. Su interlocutor se mantenía frente a él, serio e imperturbable, con sus minúsculos ojos galvanizados por los vidrios de sus gafas. Impasible ante su espontánea negativa. Que ni las cejas de su interlocutor se hubiesen contraído era un claro indicio de que todavía estaba a tiempo de dar un vuelco a su decisión inicial. Necesitaba aire para deliberar sobre aquella propuesta sin duda atractiva. Tan interesante o más que las anteriores. Nadie en su sano juicio renunciaría a los beneficios de aquel contrato que languidecía sobre el escritorio, cautivo bajo las manos de su interlocutor—unas manos cálidas, blancuzcas y alargadas, con la manicura reciente y un anillo episcopal rutilando en un dedo—. Estacionó la mirada sobre el documento. Brillaba como una hoguera nocturna que le atraía con su hipnosis de buenos presagios para el futuro. Junto al contrato—una especie de pasaporte con el que acceder al paraíso—, una estilográfica encapuchada aguardaba su resolución. Era solo necesario alargar el brazo para asir la pluma con la que trazar el garabato de su firma. Se miró las manos con una tristeza amarga. Sus dos muñones—deformes, cónicos y carentes de dedos—parecían incapaces de afrontar la sencilla tarea de suscribir el contrato.

La salvaje mutilación de sus manos no impidió que prosiguiera reflexionando sobre la nueva oportunidad que se cernía ante él. El interlocutor permanecía en silencio. Esperaba sentado en su trono de cuero, cómodo y solemne. Era obvio que asumía que la decisión era cuestión de tiempo y por tanto no ejercía presión alguna excepto con sus ojos—pequeños e inteligentes,

demoledores— que escrutaban con un desafío sutil al futuro firmante. Este se revolvió nervioso en su silla giratoria, rascándose con el muñón derecho el anómalo orificio donde antes del contrato precedente hubo oreja. El futuro firmante pensó en su hija mayor, una universitaria aplicada a quien le urgía capital para concluir el grado y el posgrado y un posterior curso intensivo en las islas para que su inglés pasara de básico a nivel Cambridge. Las inmejorables condiciones del contrato le facilitarían todo esto, igual que permitirían que su hijo mediano—un joven coqueto necesitado de cariño y de una robusta mensualidad que sufragara sus vicios discotequeros—aprobara por fin el carné para conducir el utilitario que le había prometido. Por más que lo analizaba no hallaba más que ventajas. Pagaría holgadamente la hipoteca y el crucero de las vacaciones y el colegio privado de su hijo menor—un adolescente adicto a los videojuegos—y sus horizontes vitales se colmarían de arcoiris y unicornios y la felicidad reinaría a sus anchas en el hogar. ¿Qué podía perder?

Aunque una de las cláusulas rezaba que la operación sería forzosamente limpia y escueta—una simple e indolora incisión en un costado—, el futuro firmante albergaba dudas. Sufría la lógica aprensión de los que se someten a cirugías extemporáneas. Padecía ese miedo bronco a las batas blancas y al error imprevisto y a la posible letalidad de la anestesia. El tiempo se le echaba encima. Comprendió que había llegado el momento de zanjar el asunto. Sopesó en su balanza mental lo positivo y lo adverso y resolvió insospechadamente pronto la disyuntiva, abalanzándose voraz contra el escritorio. Con la ayuda de ambos muñones destapó la pluma y se la introdujo en la boca. Logró trazar tres inexplicables líneas curvas que simulaban ser su firma.

El interlocutor sonrió plácidamente y le ofreció la mano, pero se dio cuenta de lo absurdo del detalle y se disculpó con sarcasmo. El firmante se levantó a duras penas de la silla giratoria y se marchó cabizbajo, cojeando al ritmo que le marcaba su pierna ortopédica. Cuando abrió la puerta del despacho, el firmante pensó que sería duro vivir con un solo riñón, pero deseó con todas sus fuerzas que llegara mañana para disfrutar de su merecido ascenso.